



Alemania año 2001. Estamos en la planta noble de una multinacional europea. El director general de la empresa muestra el paisaje a su invitado mientras que éste, ejecutivo de un fondo de inversión, accionista mayoritario de la empresa, se interesa por un edificio y su jardín. El CEO le informa que es el club de jubilados. El visitante pregunta por el club, por el jardinero y por su aportación al valor de la acción. Transcurridos 10 años ya no quedan jardineros, ni clubs de jubilados. Adiós a La empresa social-demócrata.

Los antecedentes de esta historia se relatan a mitad de los años ochenta en *Visión of the Future*, una publicación del Corporate Council donde se constatan diferentes realidades.

La primera: que los accionistas institucionales superan ya a los individuales. Segunda: que esos accionistas quieren controlar e influir en las decisiones de los consejos de administración. Y tercera: que su objetivo es el de crear valor para el accionista. Todo lo demás, Responsabilidad Social Corporativa incluida, es bueno en tanto ayude a conseguir ese objetivo.

¿Qué perfil tienen estos ejecutivos inversores? La publicación los describe como hombres con sólida formación financiera que nun-



ca han pisado una organización, que ni la entienden ni les importa. Analizan con lupa (financiera) cada una de las divisiones y presionan para desprenderse de las no rentables.

Estos directores generales también ponen a la venta las divisiones rentables si un comprador paga por encima de su valor de mercado. Los directores generales de la época protestan. En primer lugar, por lo que entienden como injerencia en la gestión. Luego por concepto. Una unidad de negocio, dicen, puede no ser contablemente rentable,

pero puede ser una pieza básica en la estrategia global.

Demasiado complejo para unos ejecutivos cuyo mandato es incrementar el valor de las acciones a corto plazo. La gestión se transforma en un proceso de comprar-vender-ganar. Si en el proceso desaparece una empresa emblemática estaremos ante una consecuencia inevitable.

Hoy muchos directivos y accionistas reman en la misma dirección. A los que han convertido el saqueo en un imperativo categórico los podríamos catalogar, siguiendo al historiador italiano Carlo M. Cipolla, como malvados, individuos que consiguen ganancias causando perjuicio a los demás.

Puede que a largo plazo los tengamos que definir como estúpidos porque, además de causar daño a otras personas, acabarán causándose a ellos mismos.

¿Que tendríamos que castigarlos? No serviría de mucho porque el funcionamiento del sistema económico, que es depredador, necesita de los malvados. Son por tanto su consecuencia. Si los castigamos saldrán otros. ¿Que tendríamos que hacer entonces para cambiar ese sistema malvado?. Interesante pregunta.

Profesor de dirección de RRHH de ESADE